

EL ÚLTIMO VERANO

I

Ese día de finales de agosto había amanecido luminoso, con un aire renovado. La lluvia había lavado el polvo de las calles y el cielo lucía limpio, sin una sola mancha. El calor, sin embargo, se negaba a marcharse. Desde temprano se hizo sentir con crudeza y ya por la tarde caía pesadamente sobre el pueblo adormilado.

Sentada en la poltrona, junto a la ventana, Julia aguardaba en silencio con su viejo bañador puesto. A esa hora, la familia dormía y la casa, con las persianas bajas, se sumía en una penumbra espesa. Ya casi eran las tres cuando oyó el sutil chasquido de las piedrecitas contra la ventana, la señal que habían usado siempre para no interrumpir la siesta. Alcanzó a ver por las rendijas el manillar desgastado de la bicicleta. No necesitaba ver más para saber quién era; la conocía de memoria: el cabello rubio, los ojos verdes alargados como almendras, las pecas salpicadas en la nariz. Era Laura.

Cada verano repetían el mismo ritual: Laura pasaba por su casa y juntas bajaban al río. Dejaban las bicicletas bajo el mismo sauce, cuyas ramas se desplomaban en cascada, y corrían descalzas sobre la hierba caliente hasta zambullirse en el agua. La primera en lanzarse se ganaba el privilegio de iniciar la historia, un pequeño triunfo que ambas se disputaban con entusiasmo.

En el río todo fluía sin esfuerzo: confidencias, risas sin motivos, o un silencio que no necesitaba palabras. Se deslizaban como peces, daban volteretas, se desafiaban bajo el agua o flotaban de espaldas, dejándose llevar por la corriente, de cara a un cielo que siempre parecía azul. Las horas se deshacían entre chapoteos y risas, livianas, felices, eternas.

Después del baño, Laura extendía su manta con flores amarillas y, exhaustas, se tumbaban bajo la sombra del sauce para dar comienzo al juego de las historias. La que había llegado antes al agua inventaba la primera escena, la otra la continuaba, y así iban hilando juntas un relato. Luego se perdían en las páginas de alguna novela romántica y soñaban con amores imposibles, mientras mordisqueaban triángulos de sandía que les teñían la boca de rojo. Hasta que la tarde caía y el aire traía consigo el humo de los fogones vecinos, el río era su refugio, el territorio donde todo parecía posible. Allí, nada más que ellas dos existía.

Cuando el mal tiempo lo impedía, se refugiaban en la casa de Laura. Su amiga tenía su propia habitación, con una radio para ella sola. Allí pasaban las horas sin ser interrumpidas, con la música suave de los boleros sonando de fondo.

La madre de Laura les servía chocolate caliente y bizcochos recién horneados, justo a la hora en que comenzaba la radionovela de la tarde, y les permitía disfrazarse con las cosas viejas que guardaba en el armario del desván. Vestidos pasados de moda, sombreros emplumados y zapatos de tacón gastados las transformaban en personajes de mundos que sólo existían en su imaginación.

Años de amistad habían tejido entre ambas un entendimiento que parecía inquebrantable. Pero ese año apenas habían coincidido. Julia seguía acudiendo al único instituto del pueblo, mientras que los padres de Laura habían decidido enviarla a un colegio bilingüe de la ciudad. Acostumbradas a pasar el tiempo juntas, la separación había sido dolorosa. Se prometieron mantenerse unidas, aunque fuera por cartas. Al principio, se escribían con frecuencia; pero, poco a poco, entre los deberes, los exámenes y la interminable lista de nuevas actividades, las respuestas de Laura fueron llegando cada vez más espaciadas.

Por fin las clases habían finalizado y Laura había vuelto al pueblo para pasar las vacaciones en casa de sus padres. Sin embargo, agosto ya llegaba a su fin y era poco lo que habían compartido. Las lluvias no habían dado tregua y los días en el río habían sido escasos. Alejadas de su refugio habitual, el lugar que siempre las había unido, sólo compartían algunas tardes en la casa de Laura.

Fue en esas tardes compartidas cuando Julia comenzó a sentir la distancia que, sin saber de dónde había salido, ahora se abría entre ellas. Laura había regresado del instituto diferente, con un brillo nuevo en la mirada. Julia lo advirtió de inmediato y pronto descubrió que era algo que iba más allá de su apariencia. Se expresaba con palabras inusuales y sus conversaciones, antes llenas de ocurrencias e imaginación, ahora giraban siempre en torno a lo mismo: los muchachos en la plaza, nuevas amistades que Julia no conocía, revistas y canciones de moda que apenas llegaban al pueblo. Se cansaba pronto de los juegos que antes convertían las tardes en momentos mágicos y ya no parecía interesarle improvisar escenas para un público invisible. Quería los disfraces, pero tampoco era lo mismo, ahora prefería probarse los zapatos nuevos de su madre, pintarse los labios, ensayar peinados frente al espejo.

Julia la acompañaba en silencio, hablaba lo justo. Siempre había admirado a su amiga. Laura se expresaba con una claridad que a ella le faltaba, irradiaba confianza en cada gesto y tenía una soltura natural que la hacía destacar sin esfuerzo. De niñas, la amistad no exigía razones: una afinidad instintiva hacía que ambas se eligieran entre todas las demás. Con los años, esa afinidad se había convertido en complicidad, una complicidad que ya formaba parte de lo que Julia era. Laura era su espejo, su orilla segura, la única con la que podía ser ella misma, sin reservas.

Pero últimamente se había abierto una grieta que Julia no lograba salvar. Laura parecía hablar otro idioma, habitar otro mundo. Sus palabras y sus intereses ya no buscaban su complicidad, sino otra cosa, algo que Julia no era capaz de descifrar. Era una distancia nueva, dolorosa, que antes no existía y que la estaba dejando atrás.

Por eso, cuando aquel día de finales de agosto Laura pasó a buscarla para ir juntas al río, Julia se aferró a la idea de que, al menos allí, al menos esa tarde, todo podría volver a ser como antes.

II

Se montaron en sus bicicletas y bajaron por el camino polvoriento hasta la ribera. Allí se detuvieron un instante, sobrecogidas por la imponencia del río, crecido tras las lluvias de los últimos días. Corría más ancho, más hondo, con una fuerza primigenia que arrastraba ramas y hojas entre remolinos de espuma. Julia lo miró con aprensión, pero Laura no le dio importancia, deseosa de estrenar su nuevo bañador.

Dejaron las bicicletas bajo el sauce de siempre. Julia se quitó la ropa con prisas, lista para la carrera hacia el agua, pero comprobó que Laura se tomaba su tiempo. Desabrochó uno a uno los botones de su vestido y dejó que se deslizara hacia abajo, revelando un cuerpo que ya no era el mismo de antes. Julia no pudo evitar mirarla de reojo. El nuevo bañador azul marino con ribetes blancos realzaba sus formas recientes, redondeadas, generosas en sitios donde el suyo seguía siendo el de una niña. La cintura de Laura parecía más estrecha, las caderas más llenas y el pecho se alzaba con una plenitud renovada. Julia se sintió extraña y encorvó los hombros.

Cuando estuvieron listas, desafió a su amiga con inocente malicia:

-¿Preparada para perder?

Laura le echó una mirada de incredulidad.

-¿En serio? ¿Otra vez con esas tonterías? Ya no estamos para carreras, Julia.

Laura avanzó despacio, con pasos medidos, poniendo fin en un instante al juego con el que cada verano abrían sus tardes en el río.

Cuando se acercaron a la orilla, comprobaron que el agua no solo corría con fuerza, sino que estaba revuelta. El fondo se sentía fangoso y las algas, arrancadas por la corriente, se les enredaban entre los pies. Julia se detuvo un momento, con el agua por los tobillos.

—Tal vez sea mejor que no nos metamos —murmuró, inquieta.

—¡No seas gallina! —replicó Laura con desenfado—. Muero de calor y leí que el agua da mejor bronceado. No pienso volver al instituto blanca como un papel.

Con la seguridad de siempre, Laura se adentró en el agua y Julia, tras titubear unos segundos, la siguió. El río, embravecido, tiraba con fuerza, y las largas brazadas de Julia apenas le permitían avanzar. Se quedaba sin aliento, pero cuando se detenía para recuperarse, la corriente la empujaba con violencia. La suciedad que arrastraba el río se le enredaba en las piernas, volviendo desmañados sus movimientos.

Laura, en cambio, avanzaba con aparente calma, empeñada en ir todavía más hondo. Julia hacía rato que había dejado de hacer pie y solo pensaba en recuperar la orilla.

—¡Vuelve, no vayas tan lejos! —le gritó.

Laura no respondió. Se hundió de golpe y desapareció. Julia quedó paralizada, luchando por mantener la cabeza fuera del agua. Gritó su nombre una y otra vez, girando en todas direcciones, buscando en vano alguna señal de su amiga. Nada, nadie. Solo el agua turbia y el rumor sordo del río. Estaba sola, atrapada en un caudal que parecía dispuesto a arrasar con todo.

De pronto, algo la precipitó hacia abajo. Fue un tirón brutal, como si unas garras quisieran arrastrarla al fondo. Julia chilló, forcejeó, hasta que emergió delante de ella el rostro sonriente de Laura.

—¡Por Dios, Laura! —dijo, entrecortada—. No hagas esas bromas, el río está peligroso.

—¡Anda ya! No seas tan aburrida, riéte un poco... que pareces mi madre —soltó, riendo, como si nada.

Julia insistió en que se alejaron de la corriente y buscaran aguas más tranquilas. Cuando por fin volvió a hacer pie, respiró aliviada. Laura, ajena a cualquier inquietud, se apartó el cabello del rostro y comenzó a hablar de lo que vendría: pronto regresaría al instituto y necesitaba vestidos nuevos; al día siguiente su madre la llevaría de compras a la ciudad.

—Ya estoy deseando volver, echo de menos a mis amigas —se lamentó—. Seguro regresan con mil historias de este verano. ¿Y yo? ¿Yo qué les voy a contar? En este pueblo polvoriento no pasa nada de nada. Así que, le he dicho que sí a Carlos.

Le contó, casi al pasar, que Carlos la había invitado a salir. No era el primero, dijo entre risas, pero sí el que más le gustaba de los chicos del pueblo, así que había

aceptado. Al menos tendría con qué entretenerse lo que quedaba del verano. Después, en la ciudad, ya vería: allí la esperaban personas más interesantes, otros planes, otra vida.

Absorta en sus palabras, Laura se dejó arrastrar poco a poco por la corriente, y Julia, pendiente de cada frase, avanzó tras ella sin ni siquiera darse cuenta.

—Allí es diferente —continuó—. Aquí todo es plano, aburrido, siempre lo mismo. Para ti está bien, claro, no conoces otra cosa, pero yo... yo ya no pertenezco a este lugar —remató con un gesto de hastío.

Laura siguió hablando con ligereza, mientras el brazo invisible del río la empujaba más y más adentro. Entre historias sobre lo fascinante que era la vida en la ciudad, lanzó la estocada: había dado su primer beso y sus amigas, que no habían perdido detalle, lo habían celebrado con ella. Lo dijo de pasada, casi sin mirarla. El agua ya le golpeaba los hombros.

¿Acaso lo había olvidado? De pequeñas habían jurado que, cuando llegara el primer beso, la otra sería la primera en saberlo. Julia no dijo nada, pero terminó de comprender que todo había cambiado para siempre.

III

Más tarde, Julia sería incapaz de recordar cómo había llegado hasta el pueblo, ni cómo había dado con los vecinos que salieron en su ayuda. Algunas imágenes irrumpían en sus recuerdos, pero eran difusas, desordenadas, y ya contaminadas con todo lo que vino después. Lo único que recordaba era que, en un instante, el sopor de la siesta se había quebrado y el pueblo entero, despertado de golpe, se agitaba a la orilla del río.

En medio de la confusión, de la incertidumbre y de las órdenes cruzadas, los hombres se metieron en el agua sin quitarse siquiera la ropa. Empujaban la barca, lanzaban sogas, hundían los remos, desesperados por encontrar a Laura, creyendo que aún no era demasiado tarde. Desde la orilla, las mujeres observaban la búsqueda; algunas, todavía con sus pañuelos de dormir, otras con los delantales manchados de harina. Murmuraban oraciones, se santiguaban una y otra vez, contenían a los niños para que no se acercaran demasiado. La madre de Laura se desgarraba en llanto, mientras el padre se metía con los hombres al río.

Julia permanecía absorta en silencio. Algunas vecinas comenzaron a acercarse con cautela. La envolvieron en abrazos breves, le acomodaron una toalla sobre los hombros, murmuraron palabras de consuelo. Las preguntas no tardaron en llegar: *¿Qué ha pasado?*, *¿Qué hacían solas en el río?*, *¿Por qué fueron tan*

adentro?, ¿No pudiste hacer nada?, ¿Qué estaban pensando? Con el río tan revuelto...

Aturdida por el remolino de voces, Julia sólo atinaba a responder palabras entrecortadas, balbuceos que no alcanzaban a formar una frase completa. Les contó, como pudo, entre llantos, que Laura se empeñaba en ir cada vez más hondo, que de pronto desapareció y ya no supo dónde estaba. La llamó a gritos, se sumergió a ciegas para intentar encontrarla, pero fue en vano. El río se la había tragado.

Las horas fueron pasando, impasibles, como la corriente misma del río. El sol descendía en calma, ajeno a la conmoción que se respiraba en el ambiente. Los hombres continuaron turnándose en una búsqueda que ya se sabía inútil. Entraban y salían del agua jadeantes, en silencio, negando con la cabeza gacha.

IV

El río la devolvió al caer la tarde. El sol ya se había escondido cuando la vieron flotando boca abajo, apenas mecida por unas aguas que ya habían descargado toda su furia. Un grupo se internó en la barca y la sacó en silencio, con el sudor del fracaso resbalando por las sienes.

La tendieron sobre la hierba. Estaba pálida, los labios amoratados, el rostro sereno, cada vez más lejos del mundo. Un grupo de mujeres comenzó a rezar en voz baja, a murmurar letanías que, poco a poco, se fueron transformando en lamentos que se fundieron con los llantos de la madre de Laura. Bajo los sauces, los niños apartados observaban con los ojos muy abiertos, aprendiendo de golpe la crueldad que podía esconderse en las entrañas del río.

Uno de los hombres envolvió el cuerpo con una lona para el follaje. Las oraciones fueron apagándose y solo permaneció el vaivén de la orilla y el canto insistente de las cigarras. A pesar del calor, Julia temblaba en espasmos incontrolables. Su madre la estrechaba contra sí, con fuerza, agradecida de que no fuera su hija quien yacía en la hierba. Laura ya no era más que un bulto bajo aquella lona rugosa. Julia había perdido a su mejor amiga y, con ella, se había ido una parte de sí misma.

V

Semanas más tarde, cuando la conmoción se había apagado y el pueblo comenzaba a habituarse a la pérdida de una de sus muchachas más queridas, Julia regresó al río, el único testigo silente de lo que había pasado. Era una tarde

sofocante, los últimos coletazos de un verano que se resistía a marcharse. El viento del sur se había encargado de barrer los pesados nubarrones y, tras varios días de copiosas lluvias, el cielo por fin se abría despejado.

Todo se parecía tanto a aquella otra tarde, que las imágenes volvieron a Julia sin esfuerzo.

Primero, los chapoteos nerviosos, la cabeza que se escondía bajo el agua. La misma gracia de antes, había pensado Julia, que ya se preparaba para otro susto: una desaparición repentina, un tirón brusco desde las profundidades. Otra de esas bromas sin gracia que últimamente disfrutaba hacer. Pero pronto descubrió que esta vez era diferente. Algo en el semblante de Laura había cambiado. Sus rasgos se endurecieron, el pánico asomó en sus ojos. Con desesperación, como pudo, asomando la cabeza entre bocanadas de agua, le pidió ayuda con voz temblorosa. Julia supo entonces que esta vez era verdad. Laura se estaba ahogando.

Julia la observó paralizada, sólo sacudida por el vaivén del río. El corazón le golpeaba con violencia. Laura braceaba, pero sólo conseguía hundirse cada vez más. Era arriesgado, pero tenía que ayudarla. Julia dio unas brazadas que la acercaron a su amiga. Los ojos de Laura imploraban con desesperación, ya era incapaz de hablar. Si Julia estiraba sus brazos podía alcanzarla, atraerla hacia sí, tal vez salvarla. Pero, aunque lo hubiese intentado, no había nada que salvar: allí ya no quedaba nada de Laura. Entonces comenzó a alejarse. Nadó hacia la orilla, recuperó tierra firme y salió del agua sin mirar atrás. Extendió la manta de flores amarillas sobre la hierba y se sentó a esperar. Permaneció allí, bajo el viejo sauce, con los ojos fijos en la corriente, hasta que el río terminó de llevársela.

Sentada en el mismo sitio que aquella tarde, Julia contemplaba el río con las rodillas recogidas y la vista perdida en el ondular incesante de la corriente. Racimos de golondrinas se arremolinaban en un cielo azul inmovible, iban y venían raudas, nerviosas. A esa hora el pueblo dormía bajo el peso implacable de la siesta y la ribera estaba desierta. El verano terminaba y los días se acortaban sin remedio. La vida seguía su curso, todo parecía igual que siempre. Pero ni Julia ni el río eran ya los mismos.